

APUNTES NECROLÓGICOS.



D, ANTONIO MANUEL DE ARGUINZONIZ,

El país euskaro ha perdido á uno de sus hijos más amantes: el señor D. Antonio Manuel de Arguinzoniz, que falleció en Durango el 18 del mes actual.

Pertenecía el Sr. Arguinzoniz á una hidalga familia bizcaina, y ni por su rectitud, ni por su caballerosidad desmentia lo noble de su prosapia.

El padre del Sr. Arguinzoniz era uno de los patricios que más se singularizaron en la defensa de nuestras seculares instituciones durante el segundo tercio del presente siglo. Su voz fué siempre escuchada con respeto en las inolvidables Juntas de Guernica, y más de una vez su autorizada palabra alcanzó en aquellas gloriosas asambleas triunfos imperecederos, reservados á quien, como el Sr. Arguinzoniz, no tenía más sed que la de servir á su país, y para apagar esta sed ponía á contribucion sus facultades, que ciertamente no eran escasas.

Aún no se habrá borrado en la memoria de los Procuradores junteros que todavía viven, el recuerdo de aquella venerable figura, tipo y dechado de euskaldunas por su energía física y moral, ni se olvidarán fácilmente los sacrificios que hizo en aras de su amor á Bizcaya, y los señalados servicios que prestó á la tierra bascongada, ya como Procurador en juntas, ya como Diputado general del Señorío, ya tambien como Diputado á Córtes, cargo que desempeñó varias veces con no poca honra suya y provecho de su país.

Digno hijo de tal padre, el Sr. D. Antonio Manuel de Arguinzo-

niz, cuya temprana muerte lloramos cuantos tuvimos la dicha de tratarle, estaba absolutamente identificado con los pesares y alegrías, temores y esperanzas del solar basco-nabarro: le inspiraban y enardecian los dos grandes sentimientos de nuestra raza, el amor á Dios y al suelo que nos vió nacer, y alejado, por temperamento y por tristes desengaños, de este hórrido tumulto en que hierve y se agita la vida moderna, consagróse á la serena contemplacion de lo pasado, y emprendió una série de trabajos históricos, cuyos sazonados frutos no hemos podido saborear, porque una muerte prematura ha venido á cortar en flor aquella preciosa vida, en que el país tenia puestas legítimas y consoladoras esperanzas.

Conocí á Arguinzoniz en las fiestas euskaras que, bajo los auspicios del sábio bascófilo Mr. Antoine d' Abbadie, y con la proteccion de la Diputacion bizcaina, se celebraron en la pintoresca y aristocrática villa de Marquina en Septiembre de 1883. Desde entónces me unían con el Sr. Arguinzoniz vínculos de dulce y cariñosa amistad, acrecentada con el trato y con la comunidad de sentimientos y de aspiraciones, y avivada en mí por la admiracion que me producian las dotes de saber y de modestia que aquel atesoraba, y que se revelaban hasta en los actos más insignificantes de su vida.

Quiso el Cielo probar el temple de su alma y la firmeza de su virtud, y envióle una tras otra desoladoras aflicciones. Todas las soportó con resignacion ejemplar el Sr. Arguinzoniz, pero su corazon quedó profundamente lacerado al verse privado de los séres cariñosos que más habia amado en la tierra. Entonces se retiró á su tranquila soledad de Durango, y allí se consagró, con mayor ardor que nunca, al estudio, disponiendo materiales para esclarecer puntos de la mayor importancia, con la publicacion de una serie de monografías, que hubieran puesto de relieve las altas cualidades que en él resplandecian para el cultivo de la ciencia histórica.

Solo una parte muy reducida de la clara y poderosa inteligencia del Sr. Arguinzoniz puede apreciarse por la lectura de los escritos suyos que han visto la luz pública. Escasos son estos, y no los de mayor empeño de su autor. Fuera de artículos diversos, sobre varias materias, publicados en la prensa regional, solo conocemos una vindicacion que, impulsado por ardentísimo amor filial, escribió en 1888 para poner en su punto la parte que su ilustre y venerado padre tomó en los importantísimos sucesos que se desarrollaron en Bizcaya en la prima-

vera de 1872. Ni es este el lugar ni la ocasion de juzgar aquel libro: para que acerca de él y de los hechos sobre que versa pueda formularse un juicio definitivo, es necesario que el tiempo vaya amortiguando muchas pasiones, hoy todavía vivas y enconadas, y que la serenidad que trae consigo el contemplar cosas hace mucho tiempo acaecidas, infunda al ánimo el sosiego que es menester para no dejarse arrastrar por inclinaciones ménos rectas en la apreciacion de los sucesos históricos. Pero nadie, por poco benévolo que sea, podrá poner en duda lo noble de los móviles que impulsaron al Sr. Arguinzoniz á escribir aquella vindicacion: siempre es honroso para un hijo volver por la buena fama de su padre, y este fué el objeto que se propuso mi malogrado amigo.

Pero, como más arriba decimos, nada valen los trabajos que el público conoce, si se comparan con lo que aquel entendimiento, robusto de suyo y vigorizado por una no interrumpida gimnasia intelectual, y por vasta y bien digerida lectura, estaba llamado á producir en bien del país.

Traía entre manos el Sr. Arguinzoniz trabajos importantísimos, en cuyo desempeño se hubiera acreditado seguramente de maestro. Tenia para ello dotes preciosísimas: anhelo indeficiente de saber, criterio firme y seguro, sagacidad á pocos concedida, y ese especial privilegio de los nacidos para el cultivo de la historia, los cuales, por una á manera de intuicion, saben, á fuerza de bien encaminadas inducciones, encontrar, por oculto que se halle, todo aquello que les es necesario para la ejecucion de sus proyectos. Así, el Sr. Arguinzoniz, que hace tiempo acariciaba el pensamiento de esclarecer en una monografia, cuyo interés hubiera sido superior á todo encarecimiento, la participacion que las Provincias Bascongadas tomaron en la guerra contra la República francesa (1793- 1795), habia acopiado materiales curiosísimos relativos á este punto, y recientemente llegó á averiguar que en poder de un conocido suyo existia un diario de operaciones de uno de los oficiales de aquel tiempo.

Con tales noticias y con las prendas de saber que el Sr. Arguinzoniz atesoraba, podíamos fundadamente esperar que la monografia que estaba preparando sería por todos conceptos notable, y vendría á llenar un vacío que se advierte en nuestra historia, necesitada de que entendimientos sanos y sin prevenciones ni prejuicios se dediquen á colmar diversas lagunas que en la misma aparecen, y á poner en su luz

puntos que aún permanecen muy oscuros, y son muy controvertidos, con razon ó sin ella. El asunto elegido por el Sr. Arguinzoniz era ciertamente de los más interesantes: aún no sabemos á punto fijo y con caractéres de certeza cuál es la verdad en cuanto se ha dicho relativo á aquella campaña y á la parte que en ella cupo á nuestro pais. Varios ensayos se han hecho, laudables todos, para llenar este vacío; pero ninguno de ellos, á nuestro humilde juicio, conforme en este punto con el sentir general, puede llamarse definitivo. Urgía por lo mismo un trabajo que pudiera aspirar con justicia á este dictado; y el Sr. Arguinzoniz estaba en condiciones inmejorables para hacerlo. Pero su muerte prematura ha venido á truncar todos sus proyectos, y con ellos nuestras esperanzas.

No era ese el único trabajo á que, con infatigable asiduidad, se consagraba el Sr. Arguinzoniz. Sobre la base de una *Sinopsis histórica de Durango* que fué premiada en las fiestas euskaras que en 1886 se celebraron en la antigua Tavira, preparaba una obra intitulada Durango y su merindad. Para escribirla, habia consultado multitud de libros y practicado muy sérias investigaciones, y por las noticias que yo tenia, podíamos abrigar la confianza de que esta monografía hubiera puesto el sello á la reputacion de su autor, y revelado, no sólo las valiosas prendas de su ingenio, sino tambien su hondo y entrañable afecto á la tierra nativa, y el dominio y soltura con que, como si fuera la suya propia, manejaba la lengua castellana, de cuyos secretos era poseedor, sin que en su prosa fluida, tersa, castiza y animada pudiese nadie transparentar que el autor no tenia por idioma de su cuna el de Cervantes.

Alguna vez me anunció tambien su propósito de dar á luz unos apuntes críticos de Llorente y sus impugnadores, con el principal objeto de dar á conocer al benedictino Fray Domingo de Lerin, quien, por encargo de la Diputacion de Bizcaya, escribió cuatro cuadernos, que sirvieron al consultor Aranguren para su obra. Aranguren no citó al hasta hoy casi ignorado religioso por expresa voluntad de este, que sin duda temia las iras de Godoy. Dolia al Sr. Arguinzoniz que el nombre de Fray Domingo de Lerin yaciera sepultado en profundo olvido, pero causas que honran su delicadeza moral, y que no me parece discreto revelar, le habian detenido en su afan de popularizar la figura de un hombre, á quien todos los euskaldunas somos deudores de sincera gratitud.

Al bajar al sepulcro el Sr. Arguinzoniz, á la temprana edad de 37 años, se ha llevado consigo todos estos proyectos. Pero los materiales que él acopió y los trozos que tenia ejecutados, reunidos están, y es de esperar que no se pierdan, y que alguien se utilice de ellos en bien del país.

Hemos tratado de delinear, en cuatro informes rasgos, la personalidad literaria del Sr. Arguinzoniz. Mucho valia en ese concepto el amigo á quien, con todas las veras de mi alma, dedico este humilde recuerdo; pero no valia ménos en su vida privada. Modelo de hijos, de esposos y de padres, amigo cariñoso, euskalduna entusiasta, cumplidísimo caballero cristiano, era querido y respetado de cuantos le trataban. Siempre se mantuvo viva en su alma la luz de la fé, y jamás se entibió la llama de la caridad. Generoso con todos, protector incansable de los desvalidos, apartado, á pesar de su posicion, de los centros fastuosos, su vida entera puede sintetizarse en aquellas dos incomparables palabras del Apóstol San Pedro: *pertransiit benefaciendo*; pasó haciendo bien.

¡Felices los que, al abandonar este mundo, pueden ostentar esa divisa consoladora!

Consagremos un sentido recuerdo á la memoria del Sr. Arguinzoniz, y honremos su nombre sirviendo con no desmayado celo y decision los grandes ideales que fueron luz y encanto de su vida.

CARMELO DE ECHEGARAY.

San Sebastian, Junio de 1801.

